

El gato tímido

Javier Bravo



Capítulo 1

Mi familia desde que tengo memoria ha sido amante de las mascotas, principalmente perros o gatos. Jamás se nos pasó por la cabeza tener un hámster que corriera en una rueda de metal, o pajaritos que cantaran día y noche dentro de sus jaulas, ni mucho menos un ratón que era motivo de fobia de parte de mi madre. Para nosotros eran esas dos las únicas opciones viables para tener como mascotas, y lo mejor de todo, las obteníamos gratis. Mi madre desde siempre fue súper cercana a ellos, y cuando veía a un animalito desamparado en la calle, sin comida ni techo para cobijarse, decidía traerlo a la casa. Eso sucedió múltiples veces, y mi padre, quien a pesar que no le gustaban tanto como al resto de la familia, los aceptaba sin prejuicios. Recuerdo una vez cuando él llegó una tarde después de su trabajo en el hospital, con una perrita de raza desconocida, que se encontraba escondida debajo del asiento del copiloto de su auto, por esos años un Chevrolet Chevette del 78. Estuvimos cerca de media hora intentando sacarla de ese recóndito lugar, a lo que prestaba una gran resistencia, pero siempre sumisa y temblando de miedo. Mi padre nos contó que la salvó por los pelos de que una ambulancia que iba llegando a la base del hospital la arrollara mientras cruzaba tímidamente la calle, con la cola entre las piernas. Finalmente, cuando logramos sacarla de allí, la llevamos al patio y le dimos comida casera en una fuente de plástico azul con la cara estampada del ratón Mickey. No probó ningún bocado, y dio un par de vueltas por todo el sitio hasta encontrar un balde de plástico mediano volteado hacia un lado, escondiéndose allí hasta la mañana del día siguiente. A medida que pasaron los días se fue dando hacia nosotros, aceptando de forma paulatina los gestos de cariño y preocupación que le entregábamos. Nos encantaban los animales, y después de un tiempo quedamos fascinados con ella, a la que mi madre llamó Monona. El ingenio de ella por los nombres no era tan bueno como el de mi hermano mediano, que a los gatos o perros que llegaban a la casa, la mayoría de las veces de la misma forma en la que lo hizo Monona, les colocaba nombres de personajes de cómics o de películas. Un gatito muy especial, que estuvo bastante tiempo con nosotros, se llamaba Lex, e imagino que conoces bien de donde viene ese nombre. Así es, del superhéroe Superman, en donde su enemigo principal llevaba ese nombre. Con mis hermanos éramos fanáticos, y en el dormitorio que compartíamos los tres, teníamos varios pósters en los que salía volando o combatiendo villanos. Resulto ser que dicho gato terminó siendo igual de bandido que el de los cómics, ya que incurría constantemente en actos de indisciplina dentro de la casa como colgarse de las cortinas y a veces desgarrarlas con sus filosas uñas. Mi madre, cuando lo pillaba in fraganti, le daba unos azotes con una correa y lo echaba a la calle, hasta que un par de horas después, le llegaba el remordimiento de conciencia y gritaba su nombre en el jardín para que apareciera y volviera a entrar a la casa. Ella fue siempre demasiado preocupada por sus animales, más que todos nosotros juntos con mi padre y mis hermanos, y sin ella simplemente esos

pequeños seres vivos no serían felices dentro de nuestro humilde hogar.

Una multitud de gatos y perros desfilaron por nuestra casa, siempre llevando nombres simpáticos, picarescos, y a veces graciosos. Si un felino que a medida que iba creciendo se quedaba pequeño de estatura, simplemente lo nombrábamos Chico, o si al ser adulto se convertía en una bola pomposa de pelos lo llamábamos Pelos o Angora. Nuestras cabezas echaban humo al pensar en los nombres que les colocábamos. A medida que pasaba el tiempo, más eran las mascotas que se iban sumando a la camada presente en la casa. A veces era una gatita que entraba en su periodo de celo y a los tres meses después paría tres gatitos pequeños, y la mayoría terminaba quedándose con nosotros. Nadie quería tener felinos en sus casas. En cierto tiempo fue tal la propagación de la familia peluda que llegamos a tener ocho gatos, de distintos colores y pelaje, algunos tiernos, otros ariscos, y unos pocos se auto exiliaban, a veces para no volver jamás. Recuerdo que en la época en que estaba asistiendo a la universidad y llevaba tres años de la carrera de Enfermería cursados, una gatita de color naranja y pelaje largo dio a luz a tres criaturas casi iguales en color de pelo, aunque una de ellas falleció a los pocos minutos de nacer. Los dos restantes se aferraron de tal manera a la madre que ella los cobijó día y noche y les dio de su leche, que tenía en abundancia para ellos dos, logrando sobrevivir hasta que ya fueron unos adultos, para por supuesto quedarse en nuestra casa. Eran tan parecidos el uno al otro que nos era difícil identificarlos, excepto por una característica bien marcada que destacaba de uno de ellos, la cual era su extrema timidez y el rechazo a recibir caricias y gestos de amistad por parte nuestra. Pues como podrías deducir fácilmente, le llamamos Tímido, y al otro hermano le pusimos Garfield, por su semejanza al personaje perezoso de la serie de televisión.

No recuerdo que haya habido alguien de la familia que lograra tomar en brazos a Tímido. Era rápido y escurridizo, sin dejar que nadie se le acercara a menos de un metro de distancia. Su oído agudo lograba sentir a cualquiera que intentara acercarse lenta y sigilosamente, y huía del lugar para esconderse en algún refugio improvisado. A pesar de eso tenía buenas relaciones con sus pares de la casa, y siempre se le veía jugueteando o correteando por el patio de la casa con alguno de ellos. También, durante las noches, dormía con los demás gatos en una caja con frazadas en su interior, todos amontonados y acurrucados. Al parecer su gran temor eran los humanos.

Así fueron pasando los años, y Tímido fue el mismo de siempre. Jamás logró facilitarnos que nos acercáramos a él ni poco menos hacerle alguna caricia. Lo que notaba en algunas ocasiones cuando intentaba de forma inútil acariciarlo eran sus ojos, que aparte del miedo, mostraban una ternura y humildad que jamás había logrado apreciar en otro de su especie. Era como si en su interior quisiera venir corriendo y lanzarse hacia nosotros para que lo abrazáramos e hiciéramos cariño. Bien

conocidas son las cosas que dicen de los felinos, que carecen de humildad y hasta se cree que piensan que los humanos son sus mascotas, debiéndoles servidumbre y honores. También se dice que los gestos de amor que entregan a sus dueños, como escurrirse por entre las piernas, sobar su lomo en ellas, o revolcarse en el piso para que los tomemos en cuenta, son meramente recursos para obtener comida o algo de su interés. Yo jamás quise aceptar esas creencias, pero las fui detectando en ellos a medida que pasaban los años. Pues Tímido no parecía estar dentro de esa categoría, ya que jamás lo vi entre la muchedumbre de mascotas pidiendo comida, o usando los recursos a su mano (o su pata) para aquello. Comía cuando le servíamos y la cantidad que le dábamos, fuera poco o mucho, para después obviamente huir. De entre los muchos gatos que teníamos en esos momentos, él, sin siquiera quererlo ni buscarlo, destacaba por sobre el resto.

Fue un día en el que llegué a casa desde la universidad en bicicleta, y le pedí a mi madre que abriera el portón para dejarla en el patio, cuando lo vi cruzar la calle hacia la casa, arrastrando sus patas traseras de una manera que me dio escalofríos. Entró fugazmente hacia el fondo, y se recostó con cierta dificultad en la caja donde dormía. Ahí noté que tenía sus extremidades de atrás recogidas y con incapacidad para moverlas. Fue la primera vez que no intentó huir, y nos dejó a mi hermano y a mí examinarlo. Mi hermano por esas fechas llevaba recién un año cursado de Medicina Veterinaria en la universidad, pero tenía unos cuantos conocimientos sobre patologías comunes en estos animales y traumatismos que más se dan en ellos. Después de revisarlo, no logró detectar nada que le ayudara a encontrar un eventual diagnóstico. Ninguna fractura, ni herida, nada. Simplemente llegó paralizado del abdomen hacia abajo. Al mirarlo a los ojos, notamos que habían en ellos un miedo aterrador, pero por primera vez no parecía ser hacia nosotros, sino a lo que le estaba sucediendo.

Estuvo varios días en su caja, necesitando asistencia para comer, beber agua y hacer sus necesidades, que simplemente las realizaba en el mismo sitio. A pesar de todo eso, logramos disfrutar de manera reservada la posibilidad de tenerlo cerca y que no hiciera lo imposible para arrancar, aunque un par de veces lo intentó, aun con sus extremidades imposibilitadas. Seguía viendo en su mirada un miedo que me conmovía, y sentía que de alguna manera nos pedía socorro. Por más ganas que teníamos de llevarlo a un especialista para analizar lo que fuera que tuviese, no teníamos los medios para costearlo. Era mitad de mes, y eso significaba escasez en nuestro hogar.

Fueron muchos días lo que pasó allí, paralizado, intentando con esfuerzos sobrenaturales levantarse y caminar sin éxito. Su persistencia por salir de esa condición nos daba nostalgia y tristeza. Aproximadamente a una semana de que haya aparecido en ese estado fui a acariciarlo una mañana de día sábado, y de inmediato al acercarme comenzó a maullar

reiteradas veces, observándome con esos ojos humildes y asustados. Sus pupilas estaban muy grandes, como cuando un gato se prepara para cazar. Le pregunté que le sucedía, y de que forma lo podía ayudar, pero por supuesto no obtuve respuesta. Solía tener la costumbre de conversar con mis mascotas, al igual como toda mi familia lo hacía, pero aunque jamás obteníamos una respuesta que realmente entendiéramos por cosas obvias, sentíamos que ellos nos escuchaban con atención, y nos comprendían. Ésta no fue la excepción, y creí que realmente entendía lo que trataba de decirle. Continuó maullando una y otra vez, y sus gritos desesperados me decían una sola palabra: ayúdame. Queríamos ayudarte pequeño, créeme, pero no sabíamos que hacer, y la frustración me obligó a alejarme de esa escena tan triste.

Ese mismo día por la tarde miré por la ventana de la cocina, que daba hacia el patio, y noté que había salido de su caja donde se mantuvo por tantos días acostado, y estaba en la misma posición que le permitía su paralizado cuerpo sobre el concreto helado y húmedo. Salí y me acerqué a él. De inmediato noté que el pelaje de su abdomen estaba mojado y con una coloración rojiza. Escudriñé en la zona, y vi algo que me dejó paralizado. Su panza, su pequeña panza, se encontraba perforada, y ese agujero mostraba todos sus órganos en el interior. Le avise a mis padres y mi hermano, y todos se sorprendieron con lo que vieron. Mientras estábamos todos allí con rostros de tristeza, Tímido nos observaba aterrorizado, pidiéndonos ayuda. No podíamos permitir que siguiera sufriendo de esa manera.

Juntamos entre todos un monto razonable con nuestros ahorros, que suponíamos nos cobraría un veterinario por ayudar a Tímido, y mi hermano con mi madre lo llevaron en brazos a uno que se encontraba a no más de tres cuerdas de nuestra casa. Lamenté no poder ir con ellos, ya que tenía clases en la universidad. Estuve en clases toda la tarde pensando en esa pobre criatura, y en lo asustado que estaba, en cuánto queríamos que lo ayudáramos y en lo poco que nosotros podíamos hacer. No me pude sacar de la cabeza sus ojos tristes, solitarios, desnudos ante nosotros, que dejaron de lado todo el temor que antes pudo haber tenido hacia los humanos, y abriendo su corazón a que lo sacáramos de ese estado lamentable en el que se encontraba.

Llegué a la casa con una pena en mi interior, creyendo conocer el destino que dicho gatito había tenido. Estaban mis padres y mi hermano sentados en el comedor, y me contaron lo que sucedió. El médico les informó que probablemente había sido un golpe violento del que fue víctima, lo que le provocó dicha parálisis y además la formación de una especie de absceso, que a los días después buscó la forma de drenarse, de salir al exterior, haciéndolo por el abdomen del pequeño felino. Mi hermano entonces me relató cómo vivió Tímido sus últimos minutos, recostado en una mesa de metal, mirándolo a los ojos, que en ese momento se encontraban más tranquilos, más esperanzados. Pero no por

la posibilidad de vivir, sino por encontrar un alivio que lo sacara de ese estado en el que había caído. Mientras mi hermano le acariciaba la cabeza, el médico le infundió un medicamento que lo envió a un sueño eterno, otorgándole la paz que merecía. Se conmovió al relatarme la escena, y yo también.

Pasé muchas tardes observando la porción de tierra en donde mi padre había sepultado a Tímido, nostálgico y en silencio. Había tenido muchísimos animales, y nunca la partida de alguno de ellos me había conmovido tanto como la de él. Se caracterizó por jamás necesitar una caricia de parte nuestra, pero sigo creyendo que siempre la quiso tener, a pesar de que su miedo fue más poderoso. Fue en el encuentro cercano con la muerte, con la eternidad y la oscuridad, que le hizo darse cuenta que no debía permitir que dicho miedo se mantuviera latente, persistiendo, ganando, y decidió al final de sus días abrirle sus pequeñas patitas al amor, al afecto y al perdón. pues de alguna manera esos ojitos nos pidieron que lo disculpáramos por haber huido toda su vida de nosotros, y simplemente terminó por darnos la posibilidad a que le otorgáramos el amor que siempre le quisimos regalar, recibéndolo con satisfacción y alegría, para finalmente, poder descansar en paz.

FIN